

del amor que os debéis siempre unos á otros (1); y esta deuda nadie nos la puede dispensar, porque estriba en un título independiente del poder de los hombres. Este título está comprendido en las siguientes palabras del Apóstol: *Aunque somos muchos, todos formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros* (2); y como el lazo que tan estrechamente nos une es divino y sobrenatural, ya que procede de Jesucristo y de su Espíritu; luego en toda la naturaleza no hay fuerza suficiente para destruirlo. Y si queréis saber cuán fuerte es este lazo y cuán sagrada esta deuda, escuchad estas palabras del Salvador: «Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar recuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda y ve en seguida á reconciliarte con tu hermano, y después volverás á presentar tu ofrenda» (3). Ciertamente que no hay deber más sagrado que el de rendir á Dios los homenajes que de justicia le corresponden, como supremo Señor de todo lo criado (4); y no obstante, existe una obligación más perentoria, si cabe, una deuda más urgente: *Reconcíliate con tu hermano*. «Dios parece como que desdeña su propio honor, dice el Crisóstomo, hasta que ve cumplida la ley del amor al prójimo; manda que su culto se interrumpa, á fin de que la caridad no padezca menoscabo; dándonos á entender con ello que la ofrenda más grata á sus ojos es un corazón apacible y sin rencores y un alma santamente reconciliada» (5). ¿Puedese encarecer más la importancia de este mandamiento de amor?...

*Cómo debemos amarle.* Como veis, el amor que Dios tan terminantemente nos exige, no es una mera perfección

(1) Rom., XIII, 8.

(2) Rom., XII, 5.

(3) Matth., V, 23-24.

(4) Exod., X, 2; Levit., XXI, 15;

Isai., XLV, 3; Ezech., V, 13; Psal. XV, 2; Psal. XXIII, 1; I. Corinth., X, 26.

(5) Homil. XVI, in Matth.

que convendría adquirir, sino una deuda que hay que pagar á nuestros prójimos, y entendemos por prójimo todo aquel que ya participa ó puede participar de la eterna bienaventuranza; de aquí es que los ángeles y santos que ya la poseen, las almas del purgatorio que tienen seguridad de poseerla, y todos los viadores, justos ó pecadores, herejes ó gentiles, como pueden salvarse, todos son nuestros prójimos, y así debemos amarlos á todos con amor de caridad. Hablando en general, dos actos principales abraza esta virtud y los hallamos consignados en la Sagrada Escritura. El primero—que es á la vez principio de ley natural—está contenido en estas palabras de Jesucristo: *Lo que deseéis que los demás hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos, porque ésta es la suma de la Ley y de los Profetas* (1). El segundo constituye uno de los saludables consejos que dió á su hijo el anciano Tobías: *Guárdate, le dijo, de hacer jamás á otro lo que no quisieras que otro hiciese contigo* (2).

*Actos internos.* De estos dos principios generales se deducen en la práctica otros muchos actos particulares, de los cuales unos son «internos» y otros «externos». Pertenece á los primeros arrancar de nuestro corazón todo odio, aversión ó mala voluntad contra el prójimo, y pensando la grande estima en que Dios le tiene, trocar en amor el odio, y la aversión y mala voluntad en deseos de servirle y obsequiarle. Y así, no basta ceñirnos á no despreciar á nadie, sino que debemos estimarlos á todos; á unos más, á otros menos, según sus méritos, que esto exige la equidad, pero á todos verdaderamente, porque la caridad así lo manda. Aun la sospecha ha de estar muy lejos de nosotros, y cuando no quepa disculpar los actos, por ser ciertos y evidentes, salve-

(1) Matth., XXII, 40; Matth., VII, 12; S. Cyprian., serm. VI, de orat. Domin.

(2) Tobíæ, IV, 16.

mos á lo menos las intenciones, y achaquemos principalmente lo malo á las sugerencias de nuestro común enemigo. Al segundo acto interno de caridad pertenece el desear para nuestros semejantes los bienes eternos y aun temporales, si han de conducir al logro de la salvación del alma. Así lo hizo Moisés. Enojado Dios contra su pueblo porque había idolatrado, este incomparable caudillo logró amansar el Corazón divino con esta súplica llena de ardentísima caridad: *¡Oh Señor!, dignate escucharme: ó perdona á tu pueblo esta culpa, ó si no lo haces, bórrame del libro de la vida en que me tienes escrito* (1). Lo mismo hizo San Pablo, el cual, lleno de la más ardiente y fervorosa caridad, llegó á decir que se tendría por dichoso si lograra padecer las mayores persecuciones y afrentas y aun la muerte, á trueque de conseguir la salvación de sus hermanos (2). Incluído está también entre los actos internos que exige la caridad un tercero, que consiste en conformar en lo posible nuestros sentimientos, afectos y deseos, con los deseos, afectos y sentimientos buenos de nuestros prójimos, *alegrándonos con los que se alegran y llorando con los que lloran* (3). Así lo aconseja San Pablo cuando escribe á los fieles de Filipo: *Haced que sea completo mi gozo, sintiendo todos una misma cosa, teniendo un mismo amor, un mismo espíritu y unos mismos sentimientos* (4). En este punto es muy de notar el proceder de este admirable Apóstol; bien pudo aconsejarlo quien, como él, tenía abrasadas las entrañas en la caridad de Cristo (5). Oigamos, hermanas mías, los clamores que exhala su pecho abrasado en vivas llamas de amor: *¿Quién enferma que yo no enferme con él? ¿Quién se escandaliza—ó cae en pecado—que yo no me abraze en vivos deseos de remediar su flaqueza?* (6). Al leer estas frases

(1) Exod., XXXII, 31-32; Núm., XI, 15.

(2) Rom., IX, 3.

(3) Eccli., VII, 38; Rom., XII, 15.

(4) Philipp., II, 2.

(5) II. Corinth., V, 14.

(6) II. Corinth., XI, 29.

el Crisóstomo, exclama entusiasmado y como fuera de sí: «Refiéranme los hombres cuantas maravillas se han obrado en el mundo; ninguna brillará en mis ojos con tan vivos resplandores, ni logrará conmover tan profundamente mi corazón, como la que revela este prodigio de caridad del Apóstol».

*Actos externos.* Mas no bastan para cumplir el precepto de la caridad con el prójimo estas disposiciones interiores de la voluntad, sino que exige además que mostremos con las obras los buenos sentimientos y afectos que atesora nuestro corazón, pues, como escribe San Gregorio, «la caridad, el amor, si permanece inactivo, si no obra, si no se sacrifica, no es caridad, no es amor» (1). Y así, en primer lugar, debemos esmerarnos en dar á nuestros prójimos muestras exteriores de amor y benevolencia; ellas son como aroma exhalado de la interior caridad fraterna. Punto es este muy esencial y harto delicado, hablando á religiosas de vida activa que, por la índole de su Instituto, han de vivir en medio de una sociedad culta que no puede tolerar la más pequeña falta de educación. Por tanto, evitad la menor descortesía con vuestros prójimos, *procurando*, según dice el Apóstol, *anticiparos mutuamente en las señales de amor y de deferencia* (2). No quiero decir con esto que uséis los modales afectados y todo ese cúmulo de frívolas correspondencias, que llamamos cumplimientos del mundo; que todo eso es opuesto á la religiosa sencillez. Como dice un notable escritor, «resplandezca la sinceridad en vuestro recíproco trato; transparéntese en él vuestra alma; sea todo espontáneo en vuestro porte exterior, como el brotar de las flores, como el correr de las ondas cristalinas» (3).

(1) Homil. XXX in Evang.; I. Joann., III, 18.

(2) Rom., XII, 10.

(3) Mons. Gay, Caridad con el prójimo.

Tomando esto en cuenta, pongamos especial cuidado en no causar al prójimo la menor molestia ni ofenderle con palabras mortificantes, bien se refieran éstas á su condición, á su entendimiento, á su ingenio no tan agudo ó á algún otro defecto natural ó moral. Estas palabras son muy perjudiciales y muy contrarias á la caridad, y si se dicen con cierta ingeniosa agudeza, suelen producir resultados mucho más funestos, porque quedan más impresas en los oyentes y difícilmente se olvidan. De blasfemia y sacrilegio las califica San Bernardo, si las profiere un religioso (1); y añade: «Si de las palabras ociosas hemos de dar cuenta á Dios el día del juicio (2), ¿qué será de las que pasan de ociosas?, ¿qué será de las que ofenden á nuestros hermanos?» (3). Huyamos también del espíritu de contradicción; así nos lo avisa San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo: *Guárdate, le dice, de porfías y contiendas, porque no sirven sino de escándalo á quien las oye. Al siervo de Dios no le conviene porfiar, sino ser manso y pacífico con todos* (4). Mucho más debemos abstenernos de reprender y corregir á nuestros hermanos, ni aun so color de caridad, porque este es oficio del superior. Muchas veces nos mueve á ello—tenemos que confesarlo—no la caridad y buen celo, sino nuestra impaciencia é inmortificación, y en ese caso la reprensión ó corrección debería recaer sobre nosotros. El espíritu de mortificación y de rigor es muy justo que le tenga cada cual para consigo; pero con su hermano siempre ha de tener espíritu de amor y suavidad, que eso enseñan los Santos y nos manda la caridad de Cristo. ¿Quién no tiene defectos? Todos tenemos muchas miserias que han de durar lo que nuestra vida. El mejor, el más santo no está exento de lunares que, si bien carecen

(1) Lib. II, de Consid., ad Eugen.  
 (2) Matth., XII, 36.

(3) De ordine vitæ et morum.  
 (4) II. Timoth., II, 14-24.

muchas veces de todo valor moral, difícilmente nos resignamos á sufrirlos. Y no sólo nos dan en rostro estos pequeños defectos del prójimo—tan pequeños que son compatibles con la perfección,—sino que además nuestra inmortificación y escasa humildad de tal suerte los agrandan y exageran, que plegue á Dios no seamos nosotros los únicos dignos de castigo. Así somos: muy perspicaces *para descubrir la paja en el ojo de nuestro hermano*, y muy torpes *para ver en el nuestro la viga que le ciega* (1). Nos gusta que los demás no tengan defectos, y nosotros no corregimos los nuestros. ¡Ah!, «¿cuándo veremos al prójimo en el pecho del Salvador divino?—pregunta San Francisco de Sales;—quien le mira fuera de él, se expone á no amarle pura, ni constante, ni igualmente; pero cuando se mira en él, ¿quién podrá no amarle?, ¿quién no sufrirá sus imperfecciones?, ¿quién podrá hallarle enojoso, si le contempla en aquel pecho sacratísimo y lo ve allí tan amable y tan amado, que el Salvador llegó á morir de amor por él?» (2).

Amaos, pues, entrañablemente unas á otras, hermanas mías, y mostrad este amor, no sólo con las obras, sino también fomentando con esmero el íntimo cariño que recíprocamente os debéis y evitando á toda costa cuanto pudiere menoscabarle. Y puesto que el amor debe ser común, huíd de las amistades particulares que, si bien no son malas en sí, nacen únicamente de la afición sensual, fundada no más que en prendas puramente naturales. De este linaje de aficiones debe guardarse mucho la religiosa, porque si bien en el siglo pueden no ser más que vanas, en las comunidades siempre son funestas, y muchas veces tienen un fin lamentable (3). Hablando Santa Teresa de estas amistades, dice que no

(1) Matth., VII, 3; Luc., VI, 41.  
 (2) I. Corinth., VI, 20; II. Corinth., V, 14; Ephes., V, 2; I. Petr., I, 18.

(3) Mons. Gay, Caridad con el prójimo.

pueden imaginarse las faltas é imperfecciones que traen consigo, «porque de aquí viene el no amarse todas tanto, el »sentir el agravio que se hace á la amiga, el desear tener »para regalarla, el buscar tiempo para hablarla, y muchas »veces más para decirla lo que la quiere, que lo que ama á »Dios. Guárdense de estas particularidades, por santas que »sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña, y ningún »provecho veo en ello» (1). Huíd, repito, de esas amistades como de la peste; temed hasta su sombra, porque os va en ello nada menos que el perfeccionamiento de vuestras almas, la perseverancia en la vocación, y por tanto la salvación eterna; allí donde veáis despuntar esas amistades, «ahogad- »las, dice la Santa Madre, á costa de cualquier sacrificio» (2). Lo mismo afirma San Basilio (3). Amemos á nuestros prójimos, que así lo manda Dios (4), pero sin acepción de personas, á los amigos, á los indiferentes y á los enemigos más encarnizados (5), estando apercebidos para servirles, ayudarles y consolarles en sus trabajos, aunque reclamen éstos alguna hazañosa empresa, pues la caridad no solamente no se arredra ante linaje alguno de sacrificio, sino que por el contrario los ama, y si es menester los busca (6).

Por último, deber es también nuestro y muy principal el edificar al prójimo con nuestras palabras y sobre todo con nuestro ejemplo (7). Así nos lo encarece Jesucristo: *Brille vuestra luz entre los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos* (8). Hoy son más necesarios que nunca los buenos ejemplos, á fin de que, comparando los mundanos su conducta relajada con la

(1) Camin. de perfec., cap. IV, n. 4.

(2) Camin. de perfec., cap. 6 y 7.

(3) De constit. monast., cap. 30.

(4) Joann., XIII, 34; Joann., XV, 12 et 17; Rom., XII, 10; Rom., XIII,

8; Galat., V, 14; I. Thesal., IV, 9; Jacob., II, 8; I. Joann., IV, 21.

(5) Matth., V, 44; Luc., VI, 27.

(6) Mons. Gay, lug. cit.

(7) Tit., II, 7.

(8) Matth., V, 16; I. Petr., II, 12.

nuestra mortificada y edificante, se vean forzados á reconocer que andan extraviados, ó por lo menos queden confundidos y avergonzados, como avergonzados y confundidos quedaron los judíos cuando Jesucristo les echó en cara su pertinacia y ceguedad diciéndoles: *Si no queréis darme crédito á mí, dádselo á mis obras* (1). Basta para ello que la religiosa sea digna de este honroso nombre; con sólo esto ya edifica, porque el cristiano, y mucho más la religiosa, es *luz en el Señor*, dice San Pablo (2), y la luz alumbra y regocija y tiende á irradiarse y difundirse. En cuanto obremos ó digamos, resplandezcan nuestra humildad y pureza de corazón; que en todo nuestro proceder trascienda *el buen olor de Cristo, olor vivificante que causa vida* á quien lo aspira (3); de manera que vernos á nosotros sea tanto como ver á Jesús, pues somos sus amigos íntimos (4), sus escogidos siervos, sus hijos predilectos; y si perseveramos en su servicio (5), tenemos esperanza muy fundada (6) de ser admitidos algún día en la patria de los bienaventurados para alabarle, bendecirle y gozar de sus amores para siempre.

(1) Joann., X, 38; Psal. XCII, 5; Joann., X, 37.

(2) Ephes., V, 8.

(3) II. Corinth., II, 15-16.

(4) Luc., XII, 4; Joann., XV, 14.

(5) Matth., XXIV, 13; Matth., X, 22.

(6) Rom., V, 5; Psal. XIII, 6; Hebræ., VI, 11; I. Petr., III, 15.

